

monarquía nacional de Tancredo se iba robusteciendo cada vez mas y adquiría mayores fuerzas para resistir el ataque de los alemanes. El impaciente Enrique acampó en las orillas del lago Bracciano: sus tropas hicieron reconocimientos hasta Roma, devastándolo todo; Túsculo, mortal enemiga de la capital, recibió una guarnición alemana, y Enrique, repitiendo lo que en situación análoga habían hecho algunos de sus antecesores, entre ellos Enrique IV y últimamente su propio padre, intentó poner fin á este intolerable estado de cosas, que llegaba á ser molesto á los mismos romanos, á cuyo efecto se puso en inteligencia con los habitantes de la ciudad eterna, logrando atraerles á su causa y obligando finalmente al papa á ceder. Pero entonces los romanos exigieron por su mediación un precio que el honor de Enrique le impedía, y era la entrega de la odiada Túsculo. Entre am-



Sello de Constanza de Sicilia.

La emperatriz está sentada en una silla con los brazos encorvados y terminados por delante en dos bolas; en la cabeza ciñe corona con tres puntas, en la mano derecha un largo cetro con la flor de lis. La sencilla túnica está ceñida con un cinturón guarnecido de perlas, cuyos cabos llegan hasta el suelo.

bas ciudades subsistía la antigua enemistad, y desde hacia muchas generaciones la pequeña ciudad de la montaña, seriamente amenazada por Roma, había buscado su defensa, además de la que naturalmente le daba su fuerte situación, en una unión estrecha con la soberanía alemana. Cuando en 1188 Clemente III puso fin á la lucha hacia años existente entre el pontificado y la población romana, que había impedido á sus antecesores residir fijamente en Roma; cuando aceptó un tratado en virtud del cual los cónsules elegidos por los romanos serían investidos por él, de suerte que la ciudad sería libre de hecho, se gobernaría por sí misma y solo reconocería la supremacía del papa á la manera que las ciudades lombardas reconocían la del soberano alemán en fuerza del tratado de Constanza; cuando esto en fin hubo hecho el pontífice, todavía se le impuso como precio de la nueva sumisión de la ciudad eterna la obligación de entregar Túsculo á los romanos, de lanzar la excomunión contra ella si oponía resistencia y de prestar en último caso los auxilios necesarios para someterla. El papa no podía cumplir esta obligación; la lucha de los romanos contra la ciudad vecina, que prefería morir á aceptar la esclavitud que la amenazaba, continuó con salvaje apasionamiento; los tusculanos creyeron ver su salvador en el Staufen que se iba aproximando y aceptaron con júbilo la guarnición alemana que este les envió. Pero los tusculanos fueron pérfidamente engañados. Enrique VI quiso á todo trance obligar al papa

á que le coronara emperador á fin de dirigirse después á la Pulla y á Sicilia; y para conseguir este fin, pareciéndole justos todos los medios, ofreció á los romanos que si lograban que el papa le coronara, les entregaría la ciudad de Túsculo. Los romanos, como era natural, aceptaron con júbilo esta proposición, pues que el responsable de la entrega sería siempre el pontífice, á quien exigieron el cumplimiento de su promesa. Cerróse, pues, aquel infame trato: el rey entregó á Túsculo al papa y este hizo de ella entrega á los triunfantes romanos. Además, Enrique devolvió á la Iglesia las ciudades de la Romanía y de Campania que habían sido conquistadas durante la lucha entre su padre y Urbano III; pero se guardó muy bien de dar esperanza alguna respecto de la restitución de sus bienes á Enrique el Leon, la cual dieron después los Welfos que había sido prometida al papa. De esta manera quedó resuelta la siniestra excitación de las últimas semanas; en 13 de abril recibió Celestino III la consagración pontificia, que intencionadamente había ido aplazando, y al día siguiente ciñó la imperial corona á las sienes de Enrique VI y de Constanza. Al otro día el emperador le hizo entrega de la desdichada Túsculo, que fué por él entregada á los romanos: estos entraron en ella con gran regocijo y después de arrojar de su recinto á los pocos habitantes que habían logrado sobrevivir á tantos años de desesperada lucha, saciaron su odio salvaje saqueando é incendiando la ciudad. Bajo malos auspicios comenzaba, pues, Enrique la conquista del reino normando, y en los terribles desastres que sufrió en aquella campaña, después de algunos éxitos en un principio conseguidos, vieron algunos el justo castigo de la grave injusticia que había cometido y con la cual á los ojos del mundo había manchado el imperio.

El ejército alemán se desparramó, al parecer sin detenerse, por el Sur de la península. Después que las primeras plazas fuertes con cuya resistencia contaban los normandos, fueron tomadas por los alemanes, todo el país se apresuró á comprar el perdón sometiéndose prontamente. La misma ciudad de Cápua abandonó la causa de Tancredo; los monjes de Monte Casino se inclinaron ante Enrique y le hospedaron con grandes honores en su convento, á donde acudieron los magnates de la Pulla para que el nuevo soberano les confirmara en sus posesiones. Enrique, lleno de confianza, descendió del monte y se dirigió á Nápoles, dentro de cuyas murallas se aprestaban á una enérgica resistencia los sorprendidos partidarios de la monarquía nacional. Mientras por mar las escuadras pisana y genovesa bloqueaban la ciudad, Enrique la sitiaba estableciendo en frente de ella su campamento en forma de semicírculo. Ante las humildes instancias de la población de Salerno envió Enrique á su esposa á dicha ciudad, cuyos famosos médicos prometían restablecer su quebrantada salud. Sin embargo, pronto las cosas tomaron un sesgo desfavorable. La fuerte ciudad, que estaba bajo las órdenes del conde de Acerra, se mantuvo prudentemente á la defensiva y los sitiadores no pudieron penetrar en ella; además, presentóse en el mar el célebre héroe de la marina siciliana, el almirante Margarito, con una poderosa escuadra, arrojando de aquellas aguas á los pisanos y abriendo de nuevo á los defensores de Nápoles las comunicaciones marítimas, con lo cual desaparecía toda probabilidad de hacer rendir la ciudad. El partido nacional se reanimó: los partidarios de Tancredo se mostraron cada vez mas confiados y los que se habían sometido al emperador comenzaron á desertar. El calor cada día mas intenso desarrolló las calenturas en el ejército alemán y muy en breve se declaró en él una mortífera peste.

Enrique VI no tardó en sentir que el suelo vacilaba bajo

sus pies: mientras la suerte le había sido propicia, concediéndole triunfo sobre triunfo, los envidiosos y los enemigos del poderío de los Staufen habían fingido una hipócrita sumisión ó por lo menos se habían mantenido inactivos, pero cuando creyeron el momento oportuno se aprestaron para promover un levantamiento general y destruir la soberanía universal alemana antes de que pudiera reponerse. Los Welfos fueron los primeros en ponerse al frente de este movimiento: el hijo mayor de Enrique el Leon, á quien Enrique VI se había llevado á Italia en rehenes, huyó del campamento de los desalentados alemanes y entró en la ciudad, que lo recibió con gran júbilo. En sus manos estaban los hilos de la conspiración que se tramaba contra el emperador. Después de haber tomado parte en la lucha contra los alemanes, en cuyas filas había permanecido hasta entonces, y de haber con ello probado á sus nuevos aliados que su traición era formal, corrió á organizar la rebelión á las espaldas del emperador con el objeto de obligarle á levantar el sitio. A este efecto se dirigió á Roma, pues contaba con el apoyo de la curia para llevar á cabo el bien preparado plan, cuyo resultado debía ser la ruina de los Staufen. La curia estaba probablemente desde un principio en el complot y ya había tomado parte en los pasos preliminares, que se habían dado con el mayor sigilo. El joven welfo recibió entonces de Celestino III un documento pontificio por el cual se concedía á Enrique el Leon, en premio de su adhesión á la Iglesia, el privilegio de que solo pudiera ser excomulgado por el mismo papa ó por un legado especialmente enviado por este: concesión importante para un personaje cuyos adversarios mas notables eran los príncipes de la Iglesia alemana, y que había ya tenido que sentir el peso de la excomunión que le había lanzado Ulrico de Halberstadt. Hecho esto, apresuróse el welfo á volver á Alemania, anunciando en todas partes la gran novedad de la ruina del emperador y de su ejército al que, en Nápoles, habían sufrido un castigo divino análogo al que en otro tiempo había recibido delante de Roma Federico I. Decíase que el mismo Enrique VI había sucumbido á consecuencia de la peste, y que por lo tanto el trono alemán estaba vacante y era preciso proceder á una nueva elección. Esta noticia fué acogida con generales muestras de alegría y el joven welfo parecía ser el candidato que las circunstancias imponían. Aun cuando todas estas esperanzas eran prematuras, la estrella de los Staufen se había oscurecido de un modo notable y el imperio de Enrique VI parecía amenazado de una inevitable catástrofe.

Pero los que creían que el emperador, que se había librado como por milagro de la catástrofe, viendo diezmado su ejército, volvería á su patria quebrantado y descorazonado, se equivocaban por completo, pues á medida de los peligros se aumentaron la energía, la circunspección y la decisión del emperador. Al esparcirse la noticia de la muerte de este la población de Salerno se apoderó de su esposa y obtuvo con esta pérfida traición el perdón de Tancredo. El almirante Margarito se llevó á Constanza, representante de las pretensiones de Enrique, al reino normando, entregándola á Tancredo como prisionera de Estado. Enrique se encaminó al Norte, dominado por deseos inextinguibles de venganza; con habilidad suma tranquilizó á la excitada Lombardía y cuando se presentó en Alemania, la aniquilación de los Welfos fué la palabra que pronunció. Los Welfos habían empuñado de nuevo las armas, pero no pudieron derrotar á Adolfo III de Schauenburgo, que se lanzó inmediatamente contra su antiguo señor. El joven Enrique fué proscrito por alta traición y para ejecutar esta sentencia se reclutó un ejército imperial. La restauración del poderío welfo era una amenaza demasiado grave para los príncipes eclesiásticos y laicos de

Sajonia para que el emperador no encontrara allí espontáneos auxilios. De suerte que nada se opuso á que Enrique VI se apoderara, en virtud del tratado firmado por su padre, de la rica herencia, oportunamente vacante, del anciano Welfo VI, cuya inquieta existencia se había extinguido en aquel momento. Su situación en Alemania estaba de nuevo consolidada, pocos meses después de la catástrofe de Nápoles, cuando por causas ajenas á su voluntad ocurrió una complicación que volvió á embrollar la situación, que comenzaba á despejarse, y que reunió en abierta hostilidad contra él á todos los enemigos de su familia, especialmente á la curia, que hasta entonces había guardado una actitud espectante.

La provision del obispado de Lüttich había dado lugar á una reñida lucha que llegó á tener gran importancia por el concurso de intereses políticos, eclesiásticos y dinásticos. La mayoría de los electores había dado sus votos á Alberto, hermano del duque de Brabante, adversario decidido del emperador, mientras que la minoría se había pronunciado á favor de Alberto de Retist, tío del conde de Hainau, que gozaba de gran favor cerca del monarca, que hacia poco había sido elevado como marqués de Namur y con grandes privilegios á la categoría de príncipe del imperio, y que se había aprovechado de la ausencia de Felipe de Francia,—que estaba en las cruzadas,—para ocupar la Flandes, vacante por muerte del que hasta entonces la había poseído. Las condiciones especiales de las comarcas fronterizas alemano-francesas pertenecientes á la diócesis de Lüttich encerraban un gran peligro, pues podían ser motivo de grandes complicaciones internacionales. Enrique VI, que no podía decidirse en favor del candidato de la minoría, personalmente poco recomendable y á quien la mayoría no dejaba tomar posesión de aquella importante diócesis, apeló á la redacción apócrifa del concordato de Worms, que los imperialistas habían hecho circular, y después de desechar á los dos elegidos nombró obispo de Lüttich al excelente y enérgico Lotario de Hochstaden, cuya fidelidad era probada. La ilegalidad del procedimiento era patente. El clero de Lüttich, cuyas simpatías estaban del lado del de Brabante, apeló ante el papa de la arbitrariedad del emperador. Alberto de Brabante se apresuró también á marchar á Roma, donde fué reconocido, y de regreso á su patria, recibió en Reims, de manos del arzobispo su metropolitano, la consagración episcopal y permaneció en dicha ciudad á causa de las deprecaciones de que la cólera de Enrique hacia objeto á la rebelde diócesis de Lüttich. Alberto fué villanamente asesinado en Reims, en 24 de noviembre de 1192, por tres caballeros alemanes, vasallos de Lüttich, que fingiendo huir de la cólera del emperador, hallaron en él amistosa acogida. Un grito de horror respondió á este acto sanguinario, siendo creencia general que había sido inspirado por Lotario y que de él se había hecho cómplice el emperador. Lo primero quedó muy pronto demostrado, lo segundo era por lo menos verosímil dada la situación de las cosas, y los contemporáneos adujeron como pruebas contra el emperador el hecho de que, á pesar de haber jurado que no había tenido complicidad alguna en el delito, nada hizo para castigar á los culpados. Como Enrique VI no reparaba en los medios para llegar al fin de la dominación universal, dió con esto á sus enemigos un arma poderosa y llevó á la lucha á muchos y apasionados adversarios. Cuando estos nuevos enemigos mortales de su soberanía se unieron á los antiguos, cuando los adversarios alemanes tendieron su mano á los poderosos enemigos extranjeros, y cuando seglares y eclesiásticos rivalizaron en celo, la coalición se hizo tan extensa y tan poderosa, y se mostró tan dispuesta á luchar hasta morir, que bien podía asegurarse que superaba á cuantas habían tenido que

combatir los anteriores soberanos alemanes: el imperio de los Staufen se encontró entonces en una crisis tan grande y tan peligrosa que solo podía salir de ella con menoscabo de su poder y de su honor.

En el Norte duraba todavía la lucha contra los Welfos, lucha á que Enrique no había podido atender desde que sobrevino el nuevo conflicto con el pontificado, con grave detrimento de los intereses alemanes enfrente de los dinamarqueses y de los eslavos. Hartwich II había sido arrojado de la sede arzobispal de Bremen y en su lugar había sido colocado Waldemaro, hasta entonces obispo de Schleswig, primo de Canuto VI de Dinamarca. Waldemaro, hombre codicioso de poder temporal, procuró, con el auxilio de Alemania, emanciparse de la supremacía del rey de Dinamarca y adquirir una posición de príncipe independiente. A pesar del apoyo que la protección del emperador le aseguraba, sus intentos fracasaron, siendo expulsado de aquel país, que volvió á caer en manos de los Welfos y de sus partidarios. Canuto VI, á la amenaza de que habían sido objeto sus territorios por parte de Enrique VI, contestó con apasionada hostilidad que le llevó á mostrarse dispuesto á prestar enérgico apoyo á cualquier adversario del emperador. Desde la lucha originada por la cuestión del obispado de Lutich y desde el asesinato de Reims, todos los territorios del Noroeste del imperio se habían alzado de nuevo en armas contra Enrique VI: los duques de Brabante y de Limburgo, el marqués de Namur y el arzobispo Bruno de Colonia eran los jefes de la oposición. El arzobispo de Maguncia, Conrado, restableció la alianza entre ellos y los Welfos y daneses, alianza que en otro tiempo había sido por su independencia auxiliar poderosa de Federico I y que á la sazón era el alma de la conjuración de príncipes, cada día mas numerosa y fuerte, y á la cual Conrado logró atraer á los descontentos príncipes de Sajonia. También entró en ella Bertoldo de Zähringen, que no podía consolarse de la pérdida de Borgoña y que estaba además emparentado con los duques de Brabante. Análogos motivos impulsaron al marqués Alberto de Meissen y al landgrave Luis de Turingia (emparentado este con el rey de Dinamarca) á abrazar la causa de los enemigos de los Staufen, y despues también á Ottokar de Bohemia, que estaba en lucha con el duque de Baviera. Detrás de esta gran coalición se encontraba la Iglesia con todos sus recursos: Celestino III la rodeó muy pronto con sus brazos y pidió al cielo su victoria. Para el momento decisivo de la lucha se contaba con Ricardo de Inglaterra, el cual por su alianza con Tancredo de Sicilia atrajo también á este á la liga. Las violencias ejercidas sobre la diócesis de Lutich y contra el obispo legítimamente elegido atrajeron sobre Enrique una terrible tormenta: en ellas se había reconocido su carácter tiránico, que hacia esperar de él cualquier acto de despotismo, pues desde el momento en que no reparaba en atacar al que había sido consagrado para ponerse al frente de un obispado eclesiástico, ¿cómo podían considerar los príncipes seglares aseguradas con él, ni por un momento, su independencia y sus propiedades?

Casi toda la Alemania se había levantado en armas contra Enrique, viéndose protegidos los enemigos de este por los dinamarqueses en el Norte, por Tancredo en el Sur, por Inglaterra en el Oeste y contando además con la aprobación y con el enérgico apoyo de la Iglesia. Para luchar contra tantos elementos Enrique no contaba mas que con los recursos de los territorios de la dinastía Staufen: las fuerzas eran harto desiguales para que una lucha franca y abierta pudiera ofrecerle probabilidades de éxito, y por esto apeló al subterfugio de las negociaciones diplomáticas; pero á pesar de la febril actividad con que las entabló, nada pudo

conseguir. Dirigióse apresuradamente á Sajonia para entrar, en Altenburgo, en tratos con los caudillos rebeldes de aquel país, mas todo fué en vano. Inútiles fueron también los esfuerzos que hizo para llegar, en Ratisbona, á un acuerdo con los sublevados bávaros y con sus aliados los bohemios. Enrique parecía, pues, reducido á aceptar la lucha decisiva en las peores condiciones. Entretanto robustecíase en Sicilia la monarquía nacional, la emperatriz seguía prisionera en manos de Tancredo y los cimientos de la dominación universal en Alemania se desmoronaban.

Así las cosas, ocurrió un inesperado y feliz suceso; operóse un cambio repentino, y la sabiduría, prudencia y energía con que Enrique supo aprovecharlo y la perseverancia con que fué reconquistando lo perdido convirtieron su situación, poco antes tan amenazada y casi desesperada en la mas favorable que bajo todos conceptos podía imaginarse. A principios del año 1193 cundió por el país la sorprendente noticia de que el rey Ricardo de Inglaterra, cuyos caballescotes actos llevados á cabo en Chipre y en Palestina resonaban por todo el mundo, había sido hecho prisionero cuando regresaba á Europa; y poco despues se dijo que había sido entregado á Enrique VI, en cuyo poder se encontraba.

Ricardo Corazon de Leon se había atraído muchos enemigos: la paz con Felipe II de Francia, que había sido impuesta por razon de las cruzadas, no había hecho mas que aumentar la terrible enemistad entre los dos. Delante de los muros de Messina había ya amenazado estallar un conflicto; en los Santos Lugares casi se había hecho imposible la acción comun contra San Juan de Acre, y aun se acusaba al inglés de que había intentado envenenar á Felipe. Este, decidido á aprovecharse de la ausencia del odiado rival, regresó á Occidente despues de la toma de San Juan de Acre, pretextando para ello fútiles motivos, pero en vano intentó en Roma atraerse la voluntad de Celestino III y enemistarse con Ricardo: la curia no podía prescindir del inglés, ni del normando, ni del welfo para derrotar al Staufen. Enrique VI se sentía tanto mas inclinado á una acción comun cuanto que en Ricardo odiaba al protector de los Welfos y de Tancredo y además al hombre que, sin tender á fines políticos concretos y elevados, contrariaba sistemática y eficazmente los suyos y amenazaba poner obstáculos insuperables á la dominación universal de los Staufen. El emperador y Felipe II tenían en favor suyo la opinión pública en punto á la acción comun contra Inglaterra, pues por mas que se admiraba el valor heroico de Ricardo, atribuíase á su egoísmo, á sus intrigas y á su deslealtad el que la cruzada no hubiese producido los resultados que se esperaban y el que hubieran sido inútiles los grandes sacrificios que se habían hecho. En virtud de una alianza firmada con el rey de Francia, Enrique VI, por medio de un edicto imperial, declaró enemigo del imperio á Ricardo Corazon de Leon, que se encontraba todavía en Oriente, amenazando con castigar severamente á cuantos le apoyaran. En tales circunstancias Ricardo, contra quien Felipe II de Francia había comenzado entretanto la guerra, y cuya corona intentaba usurpar traidoramente su hermano Juan, no se atrevió naturalmente á volver á Inglaterra pasando por Francia, sino que decidió regresar á su país por Austria y Sajonia. Todavía no tenía noticia de la gran alianza que, á consecuencia del asesinato del obispo de Lutich, se había formado contra el emperador, por lo cual su intención no pudo haber sido trabajar en favor de ella en Alemania. Por el camino, naufragó en Aquilea, y disfrazado de mercader prosiguió su viaje hácia el Norte por los territorios del conde Meinhard de Gorz, en cuyas comarcas fué descubierto su secreto pero se le dejó tranquilo, aunque

el hecho se propagó. Ricardo estaba, pues, advertido, pero en su fatalista confianza en la buena suerte que le había hecho salir con bien de sus frecuentes aventuras, no se cuidó de evitar el peligro acelerando su viaje. De esta suerte llegó á Viena, la capital de su mortal enemigo Leopoldo de Austria, donde fué descubierto, hecho prisionero, entregado al duque, en 21 de diciembre de 1192, y luego conducido, debidamente custodiado, al castillo de Durrenstein, para librarle de las iras populares.

El emperador comprendió desde luego cuánto podía esperar de este imprevisto y feliz suceso, y resolvió sacar todo el posible provecho de él sin compasión alguna. Ricardo, aunque nada sabia de los recientes acontecimientos de Alemania, y para nada había influido en la conjuración de príncipes, era un elemento indispensable para esta, pues todo cuanto se había llevado á cabo se había hecho suponiendo de antemano su asentimiento y contando con su cooperación, como coronamiento del plan y garantía de su buen éxito. Por tanto Enrique, al apoderarse de Ricardo, tuvo en sus manos un medio de acabar con la conjuración de los príncipes, pues solo sometándose á su voluntad podían los conjurados salvar al monarca inglés. Enrique deseaba tanto mas tener en su poder á Ricardo cuanto que no había dado al olvido las intrigas por este tramadas en Sicilia y queria vengarse de ellas, aunque tarde, de un modo implacable. Era preciso aniquilar ó, á lo menos, hacer para siempre inofensivo al hombre que se había atrevido á oponer dificultades á la obra de la dominación universal de los Staufen. Pronto se entendieron Enrique y el duque de Austria, firmándose en 14 de febrero de 1193, en Wurzburg, el convenio por el cual Leopoldo entregaba el prisionero á Enrique, recibiendo, en cambio, de este la mitad del rescate de Ricardo, que había sido fijado en 100,000 libras de plata. Además el emperador debía conservar en su poder los doscientos rehenes que el rey debía entregar hasta tanto que el papa levantara la excomunión en que había incurrido el duque de Austria por haber puesto preso á un cruzado. Las condiciones que imponía Enrique para poner en libertad á su prisionero eran en extremo onerosas, pues además del rescate, que significaba en aquellos tiempos una cantidad fabulosa, debía Ricardo poner á la disposición de Enrique cincuenta buques con cien caballeros y cincuenta arqueros cada uno y ayudarle con otra escuadra igual y con el correspondiente ejército á la conquista de Sicilia. El hombre que se le había puesto frente á frente en Sicilia debía romper su alianza con Tancredo, el que se había propuesto impedir su dominación universal tenia que declararse vasallo suyo. Enrique no podía creer que Ricardo aceptara tal convenio, y puso condiciones tan inadmisibles para poder prolongar el mayor tiempo posible la prisión del monarca inglés, pues cuanto mas tardara en ponerle en libertad, tanto mas segura era la destrucción de la liga de príncipes que contra él se había formado y que nada podía hacer mientras Ricardo estuviera en su poder. Esta política del emperador se vió muy favorecida por las circunstancias: en Inglaterra no se tenía noticia alguna de la suerte del rey, y aun cuando para descubrir su paradero no hubo necesidad de apelar al legendario trovador Blondel, lo cierto es que se pasó mucho tiempo sin que se supiera lo que á Ricardo había ocurrido, y por tanto que nada pudiera hacerse para precipitar su libertad. Las negociaciones á que luego dió lugar el cumplimiento de las condiciones, dió al emperador espacio suficiente para proseguir su política de aplazamientos.

Durante la Pascua de 1193 hablóse de este asunto en Espira, donde el emperador exigió de Ricardo cosas que, segun se cuenta, el rey no quiso aceptar ni aun á riesgo de

perder su vida. Tratóse, á lo que parece, de las obligaciones respecto de los Welfos que Ricardo rechazó en absoluto. Al presentarse el prisionero delante del emperador y del imperio, estos modificaron su actitud en sentido favorable, pues habiendo Enrique formulado graves acusaciones contra Ricardo, delante de todos los príncipes, que aceptaban como probado todo cuanto malo de aquel se contaba desde su aparición en Messina y que le declaraban especialmente culpable del asesinato del marqués Conrado de Montferrato, cometido en Tyrus, y de una tentativa de asesinato contra Felipe de Francia, contestó el monarca inglés con orgullosa ingenuidad, en actitud de rey, con palabras elocuentes y con gran valentía, que estaba dispuesto á demostrar la falsedad de todas las acusaciones cuando se le llevara ante un tribunal ordinario, añadiendo que como prisionero no podía hacerlo y solo le tocaba inclinar la rodilla ante el emperador. Estas palabras causaron cierta impresion en Enrique, quien descendiendo del trono abrazó y besó á Ricardo, delante de los príncipes conmovidos, y le prometió atender á su bienestar y procurarle la paz con Felipe II de Francia, el cual, aliado con Juan de Inglaterra, asolvía entretanto este país. En efecto, el emperador renunció á algunas de sus primitivas exigencias. Un tratado que se firmó en 25 de marzo obligaba á Ricardo á pagar como rescate 100,000 libras de plata y á entregar al emperador en un año una escuadra de cincuenta galeras; respecto del rescate solo debía pagarlo cuando hubiese alcanzado la paz con Francia que le había sido prometida. Mientras en Inglaterra se tomaban las disposiciones necesarias para reunir la inmensa suma, Ricardo permanecía encerrado como prisionero, aunque con el trato correspondiente á su categoría, en el castillo de Trifel, donde pasaba el tiempo entregándose á locuras y á disolutas diversiones, en las cuales los encargados de su custodia tenían ocasion de admirar sus fuerzas hercúleas y la destreza con que manejaba las armas. Pero todavía había de tardar mucho tiempo en sonar para él la hora de la libertad. El emperador, además de las pretensiones expuestas, le exigía que le prestara homenaje feudal. Despues de muchas vacilaciones, comprendió Ricardo que sin esta condición no le sería dado salir de su cárcel; esto y la idea de las ventajas políticas que la libertad podía tener para él, dada la desesperada situación en que se encontraba, — pues el emperador desde el momento en que fuera su patrono no solo tenía el derecho sino el deber de protegerle en su reino y de poner término á las hostilidades de Felipe de Francia, — hizo que consintiera en esta nueva imposición, en virtud de la cual renunciaba á Inglaterra, volviéndola á recibir luego como feudo del imperio á cambio del pago de 5,000 libras esterlinas. Enrique se apresuró á notificar al mundo entero este nuevo triunfo, por el cual el plan de la dominación universal había dado un paso importantísimo á los ojos de los admirados contemporáneos. Los ingleses se vieron obligados á prestarle el juramento de fidelidad. La manera como Enrique se aprovechó de la desgracia de Ricardo no le hizo honor, y aun cuando nadie pudo negar que había obrado políticamente, su proceder fué considerado tanto mas repugnante cuanto que en el rey inglés solo se veía al cruzado, con cuya prisión Enrique había eñado sobre sí una gran culpa. Esto fué lo que indujo á la Iglesia á intervenir en el asunto, declarando Celestino III que excomulgaria á Enrique si no ponia inmediatamente en libertad á Ricardo, amenaza que se hizo también al rey de Francia si continuaba dirigiendo sus ataques contra Inglaterra. Esto produjo el efecto apetecido: el emperador cedió, y se preparaba á terminar las largas negociaciones entabladas sobre el pago del rescate, que tantos sacrificios costaba á Inglaterra y que traía como con-